

de los que formamos la gran familia sanitaria: eje de la Sanidad pública; comprende mos la fuerza de esta unión, las ventajas que de ella han de derivarse, los peligros que merced a nuestra compenetración podremos alejar, entre ellos, esos abusos del caciquismo rural, que, a pesar de la creencia de algunos, no han desaparecido, ni llevan trazas de desvanecerse, por lo menos, en lo que se refiere a nosotros, único punto que nos afecta, ya que los demás no nos importan, como sanitarios.

Sabemos que con unión verdadera, obtendremos el lugar que se nos debe en el escalafón social y no seremos los últimos criados de los pueblos, donde acostumbran a medirse los méritos por la soldada; y la nuestra, donde imperan las igualas, (y será obra de tiempo y labor de titanes conseguir su desaparición) es insuficiente, absurda y ridícula, parangonada con los servicios prestados. Y ya no será posible, que algunos, colegas desaprensivos, pero nunca compañeros fraternos, se aprovechen del odio, casi siempre infundado, de los «señores de un pueblo hacia profesionales buenos y probes, y amparados en la legalidad de su título, pisoteen la fraternidad, la moral y la unión sacrosantas, en nombre de una «libertad de ejercer», muy discutible, puesto que esta debe ser compatible con la dignidad, el honor y la conciencia, aun en el caso de que el hambre muera, la miseria acose y haya que rendir la vida en sacrificio del bien común, en holocausto de una idea. Es preferible una esquila de defunción a un diploma de esquírol.

Todo esto sabemos y más aun. Estamos convencidos de que la Sanidad pública de la que somos cimiento, sosten y apoyo, sin los que no sería posible su marcha, no se atíe de en la medida posible y deseable precisamente por lo mismo; porque nuestros consejos, nuestras indicaciones y nuestras denuncias, caen en el más absoluto vacío y somos desairados, desatendidos y menospreciados.

Hoy no se hacen obras sanitarias, a pesar de las Leyes y aun en contra de ellas, más que cuando conviene a los mandones locales, nunca cuando lo exige la salud del pueblo; y con ella se negocia y a su sombra se trafica, aun con la protesta de los que nos apodamos Inspectores Municipales de Sanidad y a quienes, a la par del pomposo nombramiento, se debieron conceder autoridad e independencia.

Y tenemos todos por seguro, que un conglomerado de voluntades, lograría lo que, aisladamente, por la debilidad individual y por nuestros egoismos y cobardías, nos es imposible alcanzar.

Sin embargo, es preciso afirmar que la Federación, aun siendo mucho, la base si quereis, no lo es todo; es mucho, porque por ella, en ella y con ella, se hará labor de educación social, de moral sanitaria, de saneamiento de clase, de selección personal, de mejoramiento de relaciones interprofesionales, ¡que buena falta nos hace!

Es más, porque, mientras los Médicos anden a «la zarpa a la greña», los farmacéuticos despachen sin recetas, los Veterinarios abusen en sus funciones de inspección, las Comadronas usen medicamentos heróicos sin conocimiento de los Médicos y los Practicantes se empeñen en equipararse a todos los demás, haciendo la cirugía que no pueden ni deben, improvisando diagnósticos, lanzando pronósticos y enmendando la plana a todo vicho viviente, es claro y notorio que se precisa una acción conjunta, enérgica y continuada que vuelva las aguas a los cauces de que nunca debieron salir, corrija los abusos con mano dura y defienda a las víctimas; considerando como a tales a las que de ver tad lo sean, no a quienes más vociferen o más intriguen.

Debemos, todos, tener, por lo menos, la valentía de confesar que nos falta mucho, no para fundirnos en la perfección, pero ni para acercarnos a ella siquiera.